



Cuatro países, una vocación: prácticas internacionales desde Comillas



Pablo Larrú Sanz
202110787@alu.comillas.edu



Leticia Porqueras Lozano
leticiaporqueras@alu.comillas.edu



Rosa Elena Hermida Míguez
202020140@alu.comillas.edu



Inés Miró Piédrola
202119149@alu.comillas.edu

Este artículo recoge la experiencia de cuatro estudiantes de Comillas durante sus prácticas internacionales en Bélgica, Estados Unidos, Colombia y Zanzíbar. A través de un diálogo cercano, narran sus miedos iniciales, los retos de adaptación, las diferencias educativas encontradas

y los aprendizajes más significativos. Destacan el prestigio y el esfuerzo de Comillas por abrirles estas oportunidades únicas, que no solo confirmaron su vocación docente, sino que también fortalecieron su confianza, resiliencia y mirada global sobre la educación.



Era una de esas tardes que tanto nos recuerdan de dónde venimos: el café con leche con hielo para quien no perdona la costumbre, alguna que otra tapa improvisada, aceitunas, tortilla y queso, y un ambiente relajado de sobremesa. Nos sentamos Rosa, Pablo, Leticia e Inés para conversar sobre una de las experiencias más enriquecedoras, y también desafiantes, de nuestra formación: nuestras prácticas internacionales.

Antes de partir

Por dónde empezar a deshilar una experiencia como esta... quizá lo más honesto sea volver a ese tiempo previo, cuando aún estábamos en Madrid, con la maleta sin hacer y la cabeza llena de preguntas. Nuestra universidad, Comillas, nos dio la oportunidad de realizar prácticas fuera de España, esforzándose por buscar convenios y colegios dispuestos a acogernos. Ese compromiso nos permitió sentirnos respaldados y confiados desde el primer momento.

Inés: Para mí esos días eran una mezcla de ilusión y vértigo. Quería conocer otro sistema educativo, abrir la mirada y salir de lo habitual. Pero me daba miedo no encajar en la dinámica de la clase. En mi caso, iba a Bélgica, donde tendría que enfrentarme a un idioma distinto, costumbres diferentes y un estilo educativo que solo descubriría estando allí.

Rosa: Te entiendo, Inés. Yo también estaba llena de dudas, sobre todo por el idioma y la distancia. No sabía si podría expresarme bien ni adaptarme a la vida en Estados Unidos. Aun así, pensaba: es una oportunidad única, no la puedo dejar pasar. La preparación que recibimos antes en la universidad me dio herramientas para afrontarlo, aunque nada sustituye la experiencia real.

Pablo: Yo fui más pragmático. Tenía claro que quería un colegio innovador, con otro enfoque. Me ilusionaba observar un sistema distinto en Colombia y ver cómo podía encajar allí. Claro que también tenía miedos: no estar a la altura en un contexto internacional. Pero prepararme académicamente y practicar inglés me dio confianza.

Leticia: Yo lo viví como un salto de fe. Sabía que adaptarse en Zanzíbar sería duro, pero pensé que era ahora o nunca. La ilusión de aprender algo único pesaba más que los miedos. Mi entorno estaba dividido entre apoyo y advertencias, así que me preparé más en lo mental que en lo logístico. Eso ayudó a no sentirme sola.



Mientras compartíamos, descubrimos que, aunque cada destino era distinto, todos vivíamos la misma montaña rusa: la ilusión de lo nuevo y la inseguridad de estar a la altura en un país que no era el nuestro.

Primeros pasos en destino

Después de tantas dudas y expectativas, llegó finalmente el momento de pisar el colegio por primera vez. Si antes las emociones eran un torbellino, ahora se mezclaban con la realidad del día a día.

Inés: En mi caso, la integración fue rápida. Bélgica no me resultaba tan lejana culturalmente, además de que ya había tenido experiencias previas en este país. Con una bici, una sonrisa y el inglés, pude desenvolverme con naturalidad.

Rosa: Pues para mí, lo más difícil fue vencer la barrera del idioma. En Estados Unidos todo pasa deprisa y la comunicación es clave. Al principio me sentía insegura, pero me encontré con una comunidad escolar muy acogedora que me dio confianza. Lo



que más me integró fue la cercanía del profesorado y su disposición a ayudar.

Pablo: En mi caso, la integración me llegó a través de la relación con las personas. Desde el inicio, tanto alumnado como profesorado me recibieron con una calidez que me hizo sentir en casa. En Colombia descubrí una enseñanza muy cercana, con mucha implicación personal.

Leticia: Mi experiencia fue distinta porque el choque cultural en Zanzíbar fue grande: la lengua, las rutinas, incluso la manera de vivir el día. Lo que me ayudó fue aceptar que no podía entenderlo todo de golpe. Probaba, me equivocaba y lo intentaba de nuevo, hasta que poco a poco me fui sintiendo parte de la escuela. La hospitalidad fue clave.

En el aula

Inés: A mí lo que más me llamó la atención fue la diversidad cultural en el aula. Era un colegio internacional, y cada niño venía con sus costumbres, su lengua... Pero todos eran muy respetuosos. El

ambiente era muy tranquilo, quizá también porque éramos solo siete alumnos.

Leticia: ¡Qué maravilla! En mi caso eran muy distintos: curiosos, espontáneos, a veces caóticos, pero con una capacidad enorme de conectar. Lo que me dio pena fue no tener tanto trato con las familias.

Pablo: Yo sí tuve más contacto con las familias, aunque de forma indirecta. Muchos niños venían de contextos duros, incluso de conflictos armados, pero tenían una resiliencia increíble. Y me recibieron con una calidez que me marcó mucho.

Rosa: A mí me sorprendió lo rápido que me integraron. Los niños eran españoles que vivían fuera, así que compartíamos referencias culturales. Desde el primer día me recibieron con entusiasmo.

Leticia: ¿Y notasteis muchas diferencias con respecto a los colegios de España?

Pablo: ¡Muchísimas! En mi cole los alumnos tenían un sistema de autogobierno: hacían campañas, elecciones, proponían mejoras... era impresionante.

Rosa: Yo me sentí en una película americana. Los colegios eran enormes, con pasillos infinitos, mucha seguridad... incluso búnkeres de emergencia. Y los niños, eso sí fue gracioso, iban en Crocs y pijama con temperaturas bajo cero.

Leticia: A mí lo que más me chocó fue la falta de estructura curricular. Había muchos huecos, pocas herramientas..., pero a la vez mucha apertura a lo vivencial, a lo que proponías tú como profe.

Inés: Yo lo noté más en el trato con las familias. En España suele ser más cercano, y allí todo era más formal, más estructurado. Pero el enfoque internacional aportaba una riqueza enorme.

Rosa: ¿Y con respecto a las metodologías? ¿Os sorprendió algo?

Inés: Sí, el enfoque IB (International Baccalaureate) en Infantil me dejó fascinada. Era muy exigente pero muy profundo: no solo se enfocaba en contenidos, sino en pensamiento, reflexión... Me hizo replantearme muchas cosas.

Pablo: Lo mío fue sin duda el autogobierno. No es solo una metodología, es una filosofía de vida. Ver a los chicos gestionar el colegio como una minisociedad... fue muy inspirador.

Leticia: Yo, al contrario, me sorprendí por la ausencia de metodología en muchos momentos. Pero cuando introducía juegos, dinámicas, manualidades... la respuesta de los niños era brutal. Eso me dio muchas pistas sobre lo que realmente funciona.



Rosa: En mi caso, como era un programa organizado por docentes españoles, las metodologías me eran bastante familiares. No tuve grandes sorpresas en ese sentido.

Pablo: Y, ¿cuándo sentisteis que realmente estabais siendo docentes?

Inés: En los momentos no formales, sin duda. En las transiciones, en el recreo, hablando con los niños... Ahí es donde conectas de verdad y entiendes tu papel más allá de "enseñar".

Leticia: Sí, a mí me pasaba cuando lograba que una propuesta conectara con ellos, incluso con las barreras culturales o de idioma. O cuando me agradecían al final del día. Eso me llenaba.

Rosa: Yo me sentí docente desde el primer día. Me dieron mucha libertad para preparar y dar clases sola, y eso me ayudó a ganar confianza muy rápido.

Pablo: A mí me marcó un momento en el recreo, cuando un chico me contó toda su historia de vida. Me di cuenta de que yo no era solo "el profe", era alguien en quien podía confiar. También jugando al fútbol conectábamos muchísimo.

Leticia: ¿Y qué tal lo de improvisar? Yo vivía improvisando... A veces no había profe, ni luz, ni materiales. Te adaptabas con lo que tenías a mano.

Pablo: Totalmente. En mi caso, también se fue la luz una vez en clase de informática, así que improvisamos y dimos Educación Física. ¡Creatividad al poder!

Inés: Sí, siempre hay que tener un plan B. Yo a veces me inventaba historias y otras, usaba juegos para reconducir el ambiente. Es parte del día a día.

Rosa: Y si la tecnología fallaba, pues plan alternativo. Es verdad, hay que tener esa flexibilidad mental para no bloquearte.

Inés: ¿Y hubo algo que os inspirara del estilo educativo de allí?

Pablo: A mí, la confianza. Ver cómo los adultos confiaban realmente en los chicos, y cómo ellos respondían con madurez, fue increíble. Me hizo pensar en cuánto podríamos aplicar eso en otros contextos.

Leticia: Yo me quedo con la actitud de los niños. Con tan poco, tenían tanta alegría y tantas ganas de aprender... Me recordó por qué quiero ser maestra.

Rosa: Lo que más me impresionó fue el nivel de seguridad en los centros. Todo supercontrolado, con identificación constante. Me hizo pensar en el valor del cuidado en el entorno educativo.



Inés: Yo me inspiré muchísimo con la idea de no subestimar a los niños. Allí se les trataba como personas capaces, con voz propia. Es algo que me llevo para siempre.

Dificultades

Pero no todo era fascinación. Junto a lo inspirador, también llegaron momentos difíciles.

Inés: Si hay un tema que todos tenemos grabado es el de las dificultades. Yo recuerdo muy bien esa sensación de estar "de más" en el aula. Me costó equilibrar entre observar, participar y no invadir el espacio de la tutora.

Rosa: Te entiendo perfectamente, Inés. Para mí lo más duro no fue tanto la dinámica del aula, sino el idioma. Hubo momentos en los que sentí que quería decir mucho más de lo que conseguía expresar, y eso me generaba inseguridad. Me dio miedo no poder llegar a integrarme del todo.

Pablo: Más que el idioma, para mí lo que me pesaba era la presión de estar a la altura en un entorno tan distinto al que estaba acostumbrado. Había metodologías y formas de trabajar que me descolocaban, y sentía que si no me ponía las pilas desde el principio, me iba a quedar atrás.

Leticia: Lo mío fue más con el ritmo. Todo estaba muy estructurado y las rutinas eran rígidas. Al princi-



pio me costaba muchísimo adaptarme, sentía que no me daba tiempo a interiorizar la forma de trabajar y que siempre iba un paso por detrás.

Inés: Creo que todos vivimos choques culturales o metodológicos. Aunque conocía un poco Bélgica, el aula me sorprendió mucho.

Rosa: Sí, a mí me pasó igual. Además, sumado al idioma, a veces no entendía por qué hacían las cosas de cierta manera. Pero me ayudó mucho preguntar, observar con calma y apoyarme en los compañeros.

Leticia: Yo también tuve momentos de bloqueo. Recuerdo días de cansancio en los que pensaba: "No puedo más". Entre el idioma, el ritmo y estar lejos de casa, había momentos en que sentía que no iba a adaptarme nunca. Lo que me salvó fue apoyarme en mis compañeros y recordarme que era un proceso que necesitaba tiempo.

Rosa: Yo me quedo con que los límites del idioma se pueden superar si tienes la voluntad de comunicarte. Una actitud abierta vale mucho más que un vocabulario perfecto.

Leticia: Para mí, la lección fue que la flexibilidad es la clave: aceptar que las cosas no siempre se hacen como en tu país y que precisamente ahí está el aprendizaje.

Cierre y reflexión

La tarde se iba apagando y, casi sin darnos cuenta, nuestra charla había llegado al último sorbo.

Pablo: Vale, seamos sinceros... ¿qué es lo que os lleváis de todo esto? Porque yo lo tengo clarísimo: estas prácticas confirmaron que quiero ser maestro. Y me di cuenta de que lo importante no es tanto lo que enseñas, sino cómo acompañas a tus alumnos.

Inés: Me alegra que lo digas, porque yo sentí algo parecido. Mi mayor aprendizaje fue confiar más en mí misma y en los alumnos. Al final entendí que, aunque estuviera en otro país, podía adaptarme y ser parte del equipo. Eso me dio mucha seguridad... ¿no os pasó también?

Rosa: Sí, totalmente. Aunque en mi caso, estar en Estados Unidos me obligó a ser independiente de una manera que nunca había vivido. Estar lejos de mi familia me hizo crecer mucho. Pero también vi que, incluso en un sistema tan distinto, lo que sostiene todo son los vínculos. Eso es lo que me llevo más fuerte.

Leticia: Yo estoy muy de acuerdo. En Zanzíbar lo viví desde otra perspectiva, pero al final llegué a lo mismo: lo esencial es estar presente, dar amor y servir. Esa sencillez me marcó más que cualquier innovación metodológica.

Inés: Es bonito ver que, aunque hemos estado en lugares tan diferentes, todos coincidimos en que lo humano es lo que queda.

Pablo: Y que hemos tenido la oportunidad de vivirlo gracias a Comillas. Porque hacen un gran esfuerzo por buscarnos colegios fuera de España y abrirnos convenios en otros países.

Leticia: Al final, creo que hemos tenido un privilegio enorme. Y también una responsabilidad: devolver lo aprendido, aplicarlo y seguir creciendo como docentes.

Mientras nos despedíamos, entendimos que lo vivido no fue solo una experiencia personal, sino un regalo compartido. Y que, gracias al apoyo de nuestra universidad, pudimos abrir la mirada, confirmar la vocación y comprender que educar es, en esencia, transformar vidas empezando por la nuestra •

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en mayo de 2025, revisado y aceptado en septiembre de 2025.